



RCFS130

Era un tipo flaco, de terno café y calcetines rojos, fumando sobre una media luna amarrada de un corbel y perdido en el inescrutable patio del infinito. Como el dibujo que hizo Coke para la primera edición (1948) de *La Luna era mi tierra*. 14 ediciones seguidas -a la que se sumó el año pasado, la de editorial Planeta- y traducciones al inglés, al vasco y al italiano, dan alguna medida del éxito en que se convirtieron esas 350 páginas llenas de historias delirantes.

El personaje estaba realmente en la luna. Creía que la metafísica era más real que una chequera. Nunca supo imaginarse un cielo o un infierno que no se parecieran a un fundo. Quizás a este país le pasaba por entonces algo parecido. Enrique Araya realizó una operación equivalente a la que décadas más tarde consumara Woody Allen al reivindicar a su personaje histórico, encantadora y ridículamente angustiada. *La Luna era mi tierra*, se leyó en voz alta, de barrio en barrio, de generación en generación.

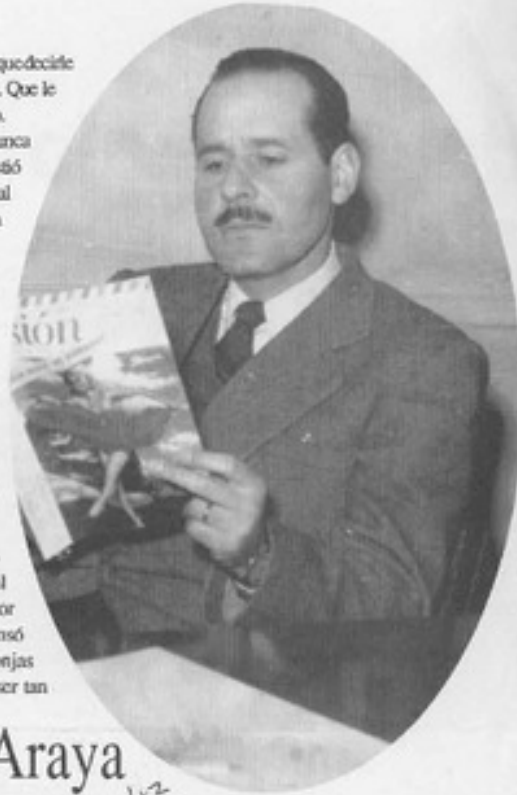
Parecía inevitable que un distraído estudiante de Derecho, derrotado por materias como "La sucesión por causa de muerte" y otros acápites legales terminara dentro de un traje nuevo de huso, inventándose una endeudada vida de terrateniente que incluía cuatro yeguas muertas, 50 cabras y un minúsculo predio en bajada donde "no se merecía" el agua. Espectacular cónito a punta de whiskies y mentiras, el personaje de Enrique Araya se llevaba a un funcionario incapaz de distinguir "una vaca de un transatlántico" a comprobar la alta tecnología de un gallinero ajeno. Entra sablazos, choques a fecha, amores y desastres agrícolas, concluía una novela que se leía de un tirón y que equivalía a 80 de los actuales libros de autoayuda: después de las barbaridades que le pasaban a Eustaquio Arredondo Donoso (sin amargarle en lo más mínimo la vida), cualquier chileno, endeudado o no, podía sentirse a salvo.

Para qué decir que Eustaquio era el propio Enrique Araya. Que cuando terminó ese libro aparentemente fantástico, pero absolutamente autobiográfico, y se lo mostró a

su hermano, éste no tuvo más que decirle que se trataba de una novela. Que le cambiaran los nombres y listo.

Fue un éxito del cual nunca se pudo reponer. Cuando asistió a recibir el Premio Municipal de Literatura, Enrique Araya tenía 36 años, 8 hijos y acababa de convertirse en inconsolable (y apetecido) viudo.

"Yo me casaría con él aunque tuviera 32 hijos", comentó Teresa Monge, una belleza de 23 años, el día en que lo conoció: una de sus mejores amigas dudaba, con razón, en pololear con este señor con tanto niño. Cuando volvieron de la luna de miel, el menor tenía dos años. El, por su parte, dijo que nunca pensó que una niñita de las monjas francesas pudiera llegar a ser tan



Enrique Araya La Luna en



fértil: con ella tuvo siete hijos. De los quince, siete estudiaron Filosofía. A cada uno lo asignaron rol, y una misión. Viví de desesperado con los más flacos, asignándoles de caldos de carne y de zanahoria.

"El era mucho mejor que sus libros", dice uno de sus 40 nietos. "Jugaba a que era

nuestro chofer. Si lo contradecías mucho, te miraba a los ojos y te decía ¡te odio! Era un falso humilde. Tú sabes que yo soy un idiota, decía".

En muchas otras novelas, y en medio de una conversada vida diplomática en Buenos Aires, México, y España, intentó

(2. Mayo '94)

La luna en el bolsillo [artículo] Mili Rodríguez Villouta.

Libros y documentos

AUTORÍA

Rodríguez Villouta, Mili

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La luna en el bolsillo [artículo] Mili Rodríguez Villouta. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile